

vocable de su nombre propio y justificación plena de su magnitud, porque si los vecinos, cuando podían elegir, se distanciaron tanto no fue más que por hacer su casa apartada de la corriente. Si el hermano Borrego hizo su casa y el hermano Bruno y Catrado las suyas tan apartadas de la de su padre que estaba enfrente, no fue por alejarse de él sino por dejar paso a las riadas y los barrizales consecutivos.

El lugar del Santo es lo alto del cerro, convertido muy certeramente en cementerio de la Parroquia de Santa Quiteria al suprimirse los enterramientos en las iglesias y sus cercanías. La calle que sube, aguas arriba hasta el Santo y lleva su nombre, es, como el Arenal mismo, todo lo magnífica que puede verse y por las mismas causas.

La otra vertiente del cerro llegaba a las Abuzaaeras, extensa cantera de piedra arenisca, bermeja y pudridero donde se arrojaban los animales muertos en la Villa. Las calles auxiliares se trazaron en sentido transversal de la vertiente como es lógico y resultó la del Altillo, preciosa de nombre y de trazado formando escuadra con la del Crudo y recogiendo las aguas de su mitad del saliente. El Altillo, muy agudamente señalado por la gente, porque no era el cerro del Santo, sino el altillo que hacía el terreno y lo hace en ese lugar de la cabecera de la calle del Crudo. El crecimiento del pueblo, en uno de sus estirones que llegó hasta la calle de la Luna, donde se hicieron las casas de los Pellases en el campo y la de Faruso en mis días con la de Rochano después en las esquinas de la calle de la Libertad, donde se fueron a morir Luis Parra y la Cándida la Cacha que entonces jugaban conmigo en la calle Ancha. Esta expansión engendró la calle de Madrid, colector abundante de

aguas empalmando con el Altillo en forma de doble cañón de escopeta para llevar al Arenal todas las aguas de lo alto y formar el arroyo de la puerta de la Renga y de la esquina del tío Ecequiel, -el padre de Estrella-, donde también hubo pasae-ras, antes y después de hacerse la calle de Don Antonio Castillo y grandes lonchas de piedra sobre las profundas cunetas para facilitar el paso a las casas en todo tiempo.

Estos arroyos aportan todas sus aguas al de la Mina y se juntan en la Veguilla, tan inofensiva siempre y tan pestilente ahora, como por desgracia sucede con la mayoría de las aguas corrientes en la actualidad por arrojar a ellas todos los residuos que antes se transformaban en la propia tierra con un mínimo de putrefacción y sin ningun peligro.

Todas las aguas del Santo vienen de allí, incluso las de las calles que parecen trazadas en el llano por estarlo en lo último de la cuesta, como la del Norte y la de Toledo que vierten allí y sus aguas se abrieron paso ellas solas formando los callejones que ahora se llaman calles del Sol y Urosas, que cuando yo nací ya estaba bien marcado por el chorrear negruzco y pestilente del calderín del tío Marcelo Vaquero desde el callejón de la calle Toledo.

La luz del Arenal cambia casi como en el campo con la salida y la puesta del Sol y de la Luna.

Por la mañana se llena de sol toda la acera de Borrego, de Bartolo el Cuco, de Monda, -que no era monda, pero que haber quien lo cambia-, de la tía Benita la patatera, del tío Pedro el herrero, del hermano Benito, de Catrado, de Raimundo el panadero y deja una sombra de las